

tanto apetecen y que no cuestan a los hombres más que un poco de cuidado.

Estos renglones encierran la mayor parte de los secretos del lecho nupcial. Acaso haya bromistas que tomarán esta larga definición de la cortesía por la del amor, cuando, en realidad, esto no es más que aconsejar a los maridos que traten a sus mujeres como tratarían al ministro de quien depende el empleo que codician.

Ya oigo millares de voces que gritan que esta obra defiende la causa de las mujeres más bien que la de los hombres;

Que la mayor parte de las mujeres son indignas de esas delicadas atenciones, y que abusarían de ellas;

Que hay mujeres inclinadas al libertinaje y que no se acomodarían gran cosa a todas esas precauciones a las que ellas denominarían mixtificaciones;

Que las hembras son todo vanidad y que no piensan más que en perifollos;

Que tienen caprichos verdaderamente inexplicables;

Que muchas veces se enfadarían al ver que tiene una con ellas una atención;

Que son tontas, que nada comprenden, que nada valen, etcétera.

En contestación a todos estos clamores, incriminaremos aquí esta frase, que, colocada aparte, parecerá un pensamiento, como decía Beaumarchais.

LXIV

La mujer es para el marido lo que su marido la ha hecho.

Tener un intérprete fiel que traduzca con una veracidad profunda los sentimientos de una mujer, hacerla espiar de sí misma, mantenerse a la altura de su temperamento en amor, no dejarla nunca, poder escuchar su sueño, evitar todos los contrasentidos que pierden a tantos matrimonios, son las razones que nos mueven a mostrarnos partidarios del lecho único y a desechar los otros dos medios de organizar el tálamo nupcial.

Como no existe beneficio sin carga, estáis obligados a saber dormir con elegancia, a conservar vuestra dignidad bajo el madrás, a ser cortés, a tener el sueño ligero, a no toser demasiado y a imitar a los autores modernos, que hacen más prólogos que libros.

MEDITACIÓN XVIII

DE LAS REVOLUCIONES CONYUGALES

Llega siempre un momento en que los pueblos y las mujeres, aun las más estúpidas, se aperciben de que se abusa de su inocencia. La política más hábil puede engañar mucho tiempo, pero los hombres serían demasiado felices si pudiesen engañar siempre. Esto ahorraría mucha sangre a los pueblos y a los hogares.

Sin embargo, esperamos que los medios de defensa consignados en las Meditaciones precedentes han de bastar a muchos maridos para escapar de las garras del Minotauro.

¡Oh! conceded al lector que más de un amor, sordamente conspirado, perecerá a los golpes de una Higiene o se amortiguará gracias a la Política Marital. Si (error consolador), más de un amante será arrojado por los Medios Personales, más de un marido sabrá cubrir con impenetrable velo los resortes de su maquiavelismo, y más de un hombre logrará mejor su empresa que el antiguo filósofo que exclamó: *¡Nolo coronari!* Pero, desgraciadamente, estamos obligados a reconocer una triste verdad. El despotismo tiene su seguridad; se parece a esa hora que precede a las tormentas y cuyo silencio permite al caminante, acostado sobre la hierba medio verde oír a una milla de distancia el canto de una cigarra. Llegará, pues, un día en que una mujer decente, y la mayor parte de las nuestras la imitarán, descubra con ojo de águila las sabias maniobras que la han hecho víctima de una política infernal. En un principio, estará furiosa por haberse mantenido tanto tiempo en el camino de la virtud. ¿A qué edad, en qué día tendrá lugar esta terrible revolución?... Esta pregunta de cronología depende en un todo del genio de cada marido; pues no todos están llamados a poner en práctica con el mismo talento los preceptos de nuestro evangelio conyugal.

—Es preciso amar muy poco—exclamará la esposa engañada—para entregarase a semejantes cálculos. ¡Cómo! ¡al parecer, desde el primer día viene sospechando ya de mí! ¡Esto es monstruoso! ¡una mujer no sería capaz de arte tan cruelmente pérfido!

Este es el tema. Cada marido puede adivinar las variaciones que podrá tener, según el carácter de la joven Euménides (1) con quien se haya unido.

En semejante caso, una mujer no se encoleriza. Calla y disimula. Su venganza será misteriosa. Únicamente, que así como antes no teníais que combatir más que sus vacilaciones empezadas a raíz de la crisis producida al expirar la luna de miel, ahora tendréis que luchar con otra resolución. Ha determinado vengarse. Desde ese día, lo mismo su rostro que su corazón, son para vosotros de bronce. Le sois indiferente, e insensiblemente, vais a llegarle a ser insoportable. La guerra civil no empezará hasta el momento en que a la manera de la gota de agua que hace rebosar un vaso lleno, un acontecimiento, cuya mayor o menor importancia nos es difícil determinar, os haya hecho odioso. El lapso de tiempo que debe transcurrir entre esta hora última, término fatal de vuestra buena armonía, y el día en que vuestra mujer se haya apercibido de vuestros manejos, es, sin embargo, bastante para que podáis poner en práctica una serie de medios de defensa que vamos a exponeros.

Hasta aquí, habéis protegido vuestro honor por medios completamente ocultos. En adelante, los resortes de vuestras maquinaciones conyugales deben verse con claridad. Donde poco ha no hacíais más que precaver el crimen, ahora será necesario herir. Habéis empezado por entablar negociaciones, y acabáis por montar a caballo, sable en mano, como un gendarme de París. Haréis que vuestro caballo se encabrite, blandiréis el sable, gritaréis desafiadamente y procuraréis disipar el motín sin herir a nadie.

Lo mismo que el autor ha tenido que buscar una transición para pasar de los medios ocultos a los patentes, es necesario asimismo que un marido justifique el cambio brusco de su política; pues en matrimonio, como en literatura, el arte estriba por completo en la gracia de las transiciones. Para vosotros esto tiene una gran importancia. ¿En qué espantosa posición no os colocaríais si vuestra mujer pudiera quejarse de vuestra conducta en este momento que es, sin duda, el más crítico de la vida conyugal?...

Es preciso, pues, encontrar un medio de justificar la tiranía secreta de vuestra primera política; un medio que prepare el espíritu de vuestra mujer para la acerbidad de

(1) Nombre con que suele designarse a las tres Furias, divinidades infernales encargadas de atormentar a los criminales.—(N. del T.)

las medidas que vais a tomar; un medio que, lejos de haceros perder su estimación, os reconcilie con ella; un medio que os haga digno del perdón y que os restituya aunque sólo sea un poco de aquel encanto con que la seducíais antes del matrimonio...

Pero ¿con qué sistema político podremos hallar este recurso? ¿Existirá acaso?

—Sí.

Pero ¡qué astucia, qué tacto, qué arte de la escena no debe poner un marido para desplegar las riquezas mímicas del tesoro que vamos a enseñarle! Para representar la pasión cuyo fuego va a renovaros, necesitáis toda la profundidad de Talma.

Esta pasión es la de los celos.

—Mi marido es celoso. Lo era desde el principio de nuestro casamiento. Me ocultaba ese sentimiento llevado de su excesiva delicadeza. ¿Me ama, pues, aún?... ¡Voy a poder gobernarle!

He ahí los descubrimientos que una mujer tiene que hacer sucesivamente a raíz de las adorables escenas de la comedia que os divertiréis en desempeñar; y sería preciso que un hombre de mundo fuese muy estúpido para no lograr hacer creer a su mujer lo que la halaga.

¡Con cuánta perfección de hipocresía tenéis que coordinar los actos de vuestra conducta a fin de despertar la curiosidad de vuestra mujer, de ocultarla en un estudio nuevo y de pasearla por el laberinto de vuestros pensamientos!...

¡Actores sublimes! ¿adivináis ya las reticencias diplomáticas, los gestos astutos, las palabras misteriosas, las miradas de doble sentido que conducirán un día a vuestra mujer a querer arrancaros el secreto de vuestra pasión?

¡Oh! ¡reír en sus barbas poniendo ojos de tigre; no mentir y no decir la verdad; apoderarse del espíritu caprichoso de una mujer y hacerle creer que os gobierna cuando vais a apretarle el cuello con una argolla de hierro!... ¡Oh! ¡comedia sin público, desempeñada de corazón a corazón, y en donde ambos os aplaudís y creéis seguro el éxito!...

Ella será quien os hará saber que sois celoso; la que os demostrará que os conoce mejor que os conocéis vosotros mismos; la que os probará la inutilidad de vuestras astucias y la que os desafiará acaso. Triunfa con alborozo de la superioridad que cree tener sobre vosotros; os ennobleceis a sus ojos, pues juzga natural vuestra conducta. Únicamente que vuestra desconfianza era inútil: si ella hubiese querido engañaros, ¿quién se lo impediría?

Después, llega otro día en que la pasión os encoleriza, y pretextando cualquier bagatela, debéis suscitar una contienda, durante la cual vuestra cólera os arrancará el secreto de los extremos a que estáis dispuestos a llegar. Esta es la promulgación de vuestro nuevo código.

No temáis que una mujer se enfade; necesita vuestros celos, y ella misma excitará vuestros rigores. Primero, porque buscará en ellos la justificación de su conducta, y después, porque verá inmensos beneficios en desempeñar ante el mundo el papel de víctima: ¿no podrá escuchar así deliciosas conmiseraciones que regalarán sus oídos? Acto continuo hará de éstas un arma contra vosotros mismos, esperando servirse de ella para haceros caer en un lazo.

En todo esto ve distintamente mil placeres más en sus infidelidades, y su imaginación sonrío a todos los obstáculos de que vais a rodearla. ¿No será preciso pasar por ellos?

La mujer posee mejor que el hombre el arte de analizar los dos sentimientos humanos de que se arma contra nosotros o de que es víctima. Tiene el instinto del amor porque él constituye toda su vida, y el de los celos, porque es casi el único medio que tienen para gobernarnos. En ellas los celos son un sentimiento verdadero producto del instinto de conservación, y que encierra la alternativa de vivir o morir. Pero en el hombre esta pasión casi indefinible es un contrasentido cuando no se sirve de ella como de un medio.

Tener celos de la mujer de quien somos amados, establece singulares vicios de razonamiento. O somos amados o no lo somos: colocados en estos dos extremos, los celos son un sentimiento inútil en el hombre, y no pueden explicarse más que como miedo, pues los celos no son sin duda más que el miedo en amor. Pero esto no es dudar de su mujer, sino de sí mismo.

Ser celoso, es a la vez el colmo del egoísmo, la carencia de amor propio y la irritación de una falsa vanidad. Las mujeres mantienen con maravilloso cuidado este sentimiento ridículo, porque a él le deben cachemires, el dinero para sus gastos, diamantes, y porque es para ellas el termómetro de su poder. De modo que si no parecieseis cegados por los celos, vuestra mujer se mantendría en guardia; pues no existe más que un solo lazo del que ella no desconfiará, y este lazo es el que ella misma se tenderá.

De este modo, una mujer será engañada fácilmente por un marido que sea bastante hábil para dar a la inevitable revolución que tarde o temprano se opera en ella, la sabia

dirección que acabamos de indicar. Entonces debéis transportar a vuestra casa aquel fenómeno singular cuya existencia nos demuestra la geometría por medio de las asintotas. Vuestra mujer intentará siempre minotaurizaros sin poder lograrlo nunca. Semejante a esos lazos que se aprietan más cuanto más se intenta desatarlos, trabajará en beneficio de vuestro poder, creyendo trabajar en pro de su independencia.

El último grado de la *comedia* en un príncipe, esta en persuadir a su pueblo de que se bate por dicho pueblo, cuando en realidad lo que hace es sacrificarlo por su treno.

Pero muchos maridos encontrarán una dificultad primitiva para llevar a la práctica este plan de campaña. Si el disimulo de la mujer es profundo, ¿por qué signos se puede reconocer el momento en que verá los resortes de la larga farsa?

En primer lugar, la Meditación de la Aduana y la Teoría del Lecho han desarrollado ya algunos de los medios que deben emplearse para adivinar el pensamiento femenino; pero no tenemos la pretensión de enumerar en este libro todos los recursos del espíritu humano, que son inmensos. He aquí la prueba. ¡El día de las Saturnales descubrían los romanos más cosas de sus esclavos en diez minutos, que lo que podían haber descubierto durante el resto de un año! Es preciso saber crear Saturnales en vuestro hogar e imitar a Gessler, quien, después de haber visto derribar a Guillermo Tell la manzana de la cabeza de su hijo, hubo de decirse:

—He aquí un hombre de quien debo deshacerme, porque si algún día quisiera matarme, es seguro que no erraría el golpe.

Comprenderéis bien que si vuestra mujer quiere beber vino de Rosellón, comer solomillos de carnero, salir a todas horas y leer la Enciclopedia, vosotros mismos la debéis instar a que lo haga. Esto la hará desconfiar desde luego de sus propios deseos, viendo que obráis de una manera contraria a la que obrabais anteriormente. Supondrá un interés imaginario en este cambio de política, y entonces la libertad que le concedáis la inquietará hasta el punto de que no podrá gozar de ella. Respecto a las desgracias que pudiera acarrear este cambio, el porvenir nos dará los medios de evitarlas. En revolución, lo primero de todo es dirigir el mal que no se sepa impedir, y llamar al rayo por medio de pararrayos para poder conducirlos así a un pozo.

En fin, ya se prepara el último acto de la comedia.

El amante que, desde el día en que el más débil de todos los *primeros síntomas* se declaró en vuestra mujer hasta el momento en que se opera la *revolución conyugal*, ha revoloteado, sea como figura material, sea como ser de razón, EL AMANTE, llamado por ella con una seña, dice: —Aquí estoy.

MEDITACIÓN XIX

DEL AMANTE

Ofrecemos las siguientes máximas a vuestras meditaciones.

Sería necesario desesperar de la raza humana, si no hubiesen sido conocidas hasta 1830; pero establecen de una manera tan categórica las relaciones y las diferencias que existen entre vosotros, para vuestra mujer y vuestro amante; tienen que iluminar tan brillantemente vuestra política y señalaros con tanta precisión las fuerzas del enemigo, que el magister ha hecho completa abnegación de su amor propio, y si, por casualidad, se encontrase aquí algún pensamiento nuevo, achacádselo al diablo, que fué el consejero de esta obra.

LXV

Hablar de amor, es hacer el amor.

LXVI

En un amante, el deseo más vulgar se manifiesta siempre como el arranque de una admiración sincera.

LXVII

Un amante posee todas las cualidades y todos los defectos de que carece un amigo.

LXVIII

Un amante no solamente da la vida a todo, sino que hace también olvidar la vida: el marido no da la vida a nada.

LXIX

Todas las monerías de sensibilidad que una mujer hace, engañan siempre a un amante; y allí donde el marido no puede menos de encogerse de hombros, un amante se extraña.

LXX

Un amante no descubre, sino por sus modales, el grado de intimidad a que ha llegado con una mujer casada.

LXXI

Una mujer no siempre sabe por qué ama; pero es raro que un hombre no tenga algún interés en amar. El marido debe procurar saber esta secreta razón de egoísmo, que pasaría a ser para él la palanca de Arquímedes.

LXXII

Un marido de talento no supone nunca abiertamente que su mujer tiene un amante.

LXXIII

Un amante obedece a todos los caprichos de una mujer; y como el hombre no resulta nunca vil en los brazos de su querida, empleará para agradarla medios que repugnan muchas veces a un marido.

LXXIV

El amante enseña a una mujer todo lo que el marido le ha ocultado.

LXXV

Todas las sensaciones que una mujer hace sentir a su amante, ella las siente también, vuelven de rechazo a ella cada vez más fuertes, y son tan ricas en lo que han dado, como en lo que han recibido. Este es un comercio en que casi todos los maridos acaban por hacer bancarota.

LXXVI

Un amante no habla a una mujer nada más que de aquello que puede agradarla; mientras que un marido,

aunque esté enamorado, no puede menos de dar consejos que tienen siempre cierto aire de censura.

LXXVII

Un amante procede siempre de su querida a él; el marido hace todo lo contrario.

LXXVIII

Un amante siente siempre deseos de parecer amable. En este sentimiento hay siempre un principio de exageración que resulta ridículo y del que es preciso saber aprovecharse.

LXXIX

Cuando se ha cometido un crimen, el juez de instrucción sabe (salvo el caso de que se trate de un presidiario desencadenado que asesine en la cárcel) que no existen más que un determinado número de personas a las que puede atribuirse el crimen, y parte de ahí para establecer sus conjeturas. Un marido debe razonar como un juez: cuando quiera buscar al amante de su mujer, es seguro que no hay en la sociedad más de tres personas de quien pueda sospechar.

LXXX

Un amante no tiene nunca culpa.

LXXXI

El amante de una mujer casada llega a decirle:

—Señora, necesita usted reposo. Tiene usted que dar ejemplo de virtuosa a sus hijos. Usted ha jurado hacer la felicidad de un marido que, aunque tenga algunos defectos (y yo tengo más que él), merece vuestra estimación. Pues bien, es preciso sacrificarme vuestra familia y vuestra vida porque he visto que tenía usted una bonita pierna; que no se le escape ni un murmullo, pues un pesar es una queja que castigaría yo con pena más severa que la que impone la ley contra las esposas adúlteras. Y en pago de estos sacrificios, le traigo a usted tantos placeres como penas.

¡Cosa increíble! ¡el amante triunfa!... La forma que da a su discurso le hace decidirse a arrostrarlo todo. No dice más que una palabra: «Amo». Un amante es un he-

raldo que proclama el mérito, la belleza o el talento de una mujer. ¿Qué proclama un marido?

En suma, que el amor que una mujer casada inspira o el que ella siente es el sentimiento menos halagüeño que hay en el mundo; en ella, es una inmensa vanidad; en su amante, es egoísmo. El amante de una mujer casada contrae demasiadas obligaciones para que se encuentren tres hombres en un siglo que se dignen cumplirlas; debería consagrar toda su vida a su querida, a quien acaba siempre por abandonar: uno y otro lo saben, y, sin embargo, desde que las sociedades existen, la una se ha mostrado siempre tan sublime, como el otro ingrato. Una gran pasión excita a veces la piedad de los jueces que la condenan; pero ¿dónde veis pasiones verdaderas y perdurables? ¡Qué poder no necesita un marido para luchar con éxito contra un hombre cuyos prestigios conducen a una mujer a someterse a semejantes desgracias!

Creemos que, por regla general, el marido que sabe emplear bien los medios de defensa que hemos indicado ya, puede llevar a su mujer hasta la edad de veintisiete años, no sin que haya dejado de escoger aún amante, pero sí sin que haya cometido aún el crimen. En todas partes se encuentran hombres que, dotados de un profundo genio conyugal, pueden conservar sus mujeres para sí solos, en cuerpo y alma, hasta los treinta o treinta y cinco años, pero estas excepciones causan una especie de escándalo y de espanto. Este fenómeno no se ve casi, a no ser en provincias, donde siendo la vida diáfana y las casas de vidrio, el hombre se encuentra armado de inmenso poder. Esta milagrosa ayuda que prestan a un marido los hombres y las cosas, desaparece siempre en una ciudad cuya población asciende a doscientas cincuenta mil almas.

Quedaría, pues, casi probado que la edad de treinta años es la edad de la virtud. En este momento crítico se hace tan difícil custodiar a una mujer, que, para lograr tenerla siempre encadenada en el paraíso conyugal, es preciso emplear los últimos medios de defensa que nos quedan y que van a ser desarrollados en el *Estudio sobre policía conyugal*, en el *Arte de entrar en casa* y en las *Peripecias*.

MEDITACIÓN XX

ESTUDIO SOBRE POLICÍA CONYUGAL

La policía conyugal se compone de todos los medios que os dan las leyes, las costumbres, la fuerza y la astucia para impedir que vuestra mujer lleve a cabo los tres actos que constituyen en cierto modo la vida del amor: escribirse, verse, hablarse.

La policía se combina con varios de los medios de defensa que contienen las Meditaciones precedentes. El instinto es el único que puede indicar en qué proporciones y en qué ocasiones pueden verse empleados estos diversos elementos. El sistema completo tiene algo de elástico: el marido hábil adivinará fácilmente de qué modo es necesario plegarlo, extenderlo y estrecharlo. Con ayuda de la policía, un hombre puede conservar a su mujer, pura de toda falta, hasta los cuarenta años.

Dividiremos este tratado de policía en cinco partes:

- I DE LAS RATONERAS.
- II DE LA CORRESPONDENCIA.
- III DE LOS ESPÍAS.
- IV DEL ÍNDICE.
- V DEL PRESUPUESTO.

I

DE LAS RATONERAS

A pesar de la gravedad de la crisis a que llega un marido, suponemos que el amante no haya adquirido por completo *derecho de vecindad* en la ciudad conyugal. A veces, muchos maridos sospechan que sus mujeres tienen amante, y, de los cinco o seis sospechosos de que ya hemos hablado, no saben cuál de ellos es en realidad. Esta duda proviene sin duda de un achaque moral a cuyo socorro debe acudir el profesor.

Fouché (1) tenía en París tres o cuatro casas adonde concurrían las personas más distinguidas. Las dueñas de estas casas le eran adictas, y esta adhesión costaba enormes sumas al Estado. El ministro llamaba a estas sociedades, de las que nadie desconfiaba, sus *ratoneras*. Más de un arresto se hizo allí al salir de un baile, en que la sociedad más brillante de París había sido cómplice del miembro de la Congregación del Oratorio.

El arte de presentar algunos pedazos de nuez tostada para que vuestra mujer meta su blanca mano en el lazo, está muy circunscrito, pues la mujer se mantiene siempre en guardia; sin embargo, contamos por lo menos con tres géneros de ratoneras: la IRRESISTIBLE, la ENGAÑOSA y la de SORPRESA.

DE LA IRRESISTIBLE

Dados dos maridos, que serán A y B, supongamos que quieren descubrir los amantes de sus respectivas mujeres. Pondremos al marido A en el centro de una mesa cargada de hermosas pirámides de fruta, de botellas, de dulces, de licores, y al marido B suponedle en el punto de este círculo brillante que más os agrade. El vino de Champagne ha circulado, todos los ojos brillan y todas las lenguas están en movimiento.

MARIDO A (*mondando una castaña*).—Pues bien, yo admito a los literatos, pero de lejos; los encuentro insostenibles; tienen una conversación despótica; no sé lo que nos hierde más, si sus defectos o sus cualidades, pues, la decir verdad, parece que la superioridad de su talento sólo sirve para poner de relieve sus defectos y sus cualidades. En una palabra... (*se traga la castaña*) los hombres de genio son elixires, si quieren ustedes; pero es preciso usarlos con sobriedad.

MUJER DE B (*que estaba atenta*).—Pero, señor A, se muestra usted poco indulgente (*sonríe maliciosamente*). Me parece que los tontos tienen tantos defectos como los hombres de talento, con la diferencia que aquéllos no saben hacérselos perdonar...

MARIDO A (*ofendido*).—Convenga usted al menos, señora, en que no se muestran muy amables con usted...

(1) José Fouché, convencional, ministro de la policía y duque de Otranto bajo el Imperio (1754-1820).—(N. del T.)

MUJER DE B (con viveza).—¿Quién se lo ha dicho a usted?

MARIDO B (sonriendo).—¿No le aplastan a usted a cada paso con su superioridad? La vanidad es tan poderosa en sus almas, que entre usted y ellos debe haber un doble empleo...

LA DUEÑA DE LA CASA (aparte a la mujer de A).—Tú te lo has merecido, querida mía... (La mujer de A se encoge de hombros.)

MARIDO A (continuando).—Por el hábito que tienen de combinar ideas imprimiendo en ellas el mecanismo de los sentimientos, el amor es para ellos puramente físico, y ya se sabe que no brillan...

MUJER DE B (mordiéndose los labios e interrumpiendo).—Me parece, caballero, que nosotras somos los únicos jueces de este proceso. Pero concibo perfectamente que los hombres de mundo no sientan simpatías por los literatos... Vaya, le es a usted más fácil criticarlos que imitarlos.

MARIDO A (desdeñosamente).—¡Oh! señora, los hombres de mundo pueden atacar a los autores actuales sin que se les tache de envidia. Hombres hay que frecuentan los salones y que, si quisiesen escribir...

MUJER DE B (con calor).—Desgraciadamente para usted, caballero, algunos de sus amigos del Congreso han escrito novelas... ¿Ha podido usted leerlas?... Pero no tiene nada de particular, porque para crear hoy cualquier cosa, es preciso hacer infinidad de investigaciones históricas, es preciso...

MARIDO B (sin contestar ya a su vecina, y aparte).—¡Oh! ¡oh! ¿Será acaso al señor L, al autor de los Sueños de una soltera, a quien amaré mi mujer? ¡Es singular! yo creía que era el doctor M... Veamos (en voz alta), ¿sabe usted, querida mía, que tiene usted razón en lo que dice? (Risas.) A decir verdad, preferiría siempre ver en mis salones artistas y literatos (Aparte: cuando recibimos), que gente de otros oficios. Al menos los artistas hablan de cosas que están al alcance de todas las inteligencias, y ¿quién es la persona que no cree tener buen gusto? Pero los jueces, los abogados, los médicos, sobre todo... ¡Ah! confieso que oírles hablar siempre de procesos, de enfermedades, las dos clases de achaques humanos que...

MUJER DE B (dejando la conversación con su vecina para contestar a su marido).—¡Ah! los médicos son insostenibles.

MUJER DE A (la vecina del marido B, hablando al mis-

mo tiempo).—Pero ¿qué dice usted ahí, amigo mío? se engaña usted de medio a medio. Hoy, nadie quiere parecer lo que es: los médicos, ya que citáis a los médicos, procuran siempre no hablar del arte que profesan. Hablan de política, de modas, de espectáculos, escriben libros mejores que los de los literatos, y hay una gran diferencia del médico actual a los que describe Moliere.

MARIDO A (aparte).—¡Ay! ¡ay! ¿amará mi mujer al doctor M? Esto sí que es particular. (En voz alta.) Es posible eso que usted dice, querida mía; pero yo le aseguro a usted que ni un perro daría yo a cuidar a los médicos que escriben.

MUJER DE A (interrumpiendo a su marido).—Eso es injusto; yo conozco gente que tiene cinco o seis empleos y en quien el gobierno parece tener mucha confianza. Por otra parte, me choca mucho que tú digas eso, cuando haces tanto caso del doctor M.

MARIDO A (aparte).—Ya no hay duda.

LA ENGAÑOSA

UN MARIDO (entrando en su casa).—Querida mía, estamos invitados por la señora Fischtaminel para el concierto que dará el martes próximo. Yo contaba ir para hablar allí con el primo del ministro, que tenía que cantar; pero se ha ido a Frouville, a casa de su tía. ¿Qué quieres que hagamos?

LA MUJER.—¡Los conciertos me aburren atrocemente!... Es preciso permanecer clavada horas enteras en una silla sin hablar nada... Por otra parte, ya sabes que ese día estamos invitados a comer en casa de mi madre y que no podemos dejar de ir a felicitarla.

EL MARIDO (con indiferencia).—¡Ah! ¡es verdad!
(Tres días después.)

EL MARIDO (al acostarse).—¿Ya lo sabes, ángel mío? Mañana te dejaré en casa de tu madre, porque el conde ha vuelto de Frouville, y estará en casa de la señora de Fischtaminel.

LA MUJER (con viveza).—Pero ¿por qué has de ir tú solo? ¡Hombre, no faltaba más, tanto como a mí me gusta la música!

DE LA DE SORPRESA

LA MUJER.—¿Por qué te vas tan temprano esta noche?
EL MARIDO (misteriosamente).—¡Ah! tengo un asunto

entre manos tanto más triste, cuanto que no sé cómo voy a hacer para arreglarlo.

LA MUJER.—Pues ¿de qué se trata? Adolfo, eres un monstruo si no me dices lo que vas a hacer.

EL MARIDO.—Querida mía, ese atolondrado de Próspero Magnan tiene pendiente un desaffo con Fontanges por una corista de la Opera... Pero ¿qué tienes?...

LA MUJER.—Nada... Hace mucho calor aquí. Además, no sé de qué puede provenir... pero todo el día... me han subido ardores a la cara...

EL MARIDO (*aparte*).—¡Ama al señor de Fontanges! (*En voz alta.*) ¡Celestina! (*Grita más fuerte.*) ¡Celestina! ¡venga usted pronto que la señora está mala!

Ya comprenderéis que un marido de talento hallará mil maneras distintas de armar estas tres especies de ratoneras.

II

DE LA CORRESPONDENCIA

Escribir una carta y echarla al correo; recibir la contestación, leerla y quemarla; he ahí la correspondencia reducida a su más simple expresión.

Sin embargo, ved los inmensos recursos que la civilización, las costumbres y el amor han puesto a disposición de las mujeres para sustraer estos actos materiales a la penetración marital.

El buzón inexorable, que ofrece su boca abierta a todo el mundo, recibe su pasto de todas las manos.

Existe la invención fatal de la *lista de correos*.

Un amante encuentra en el mundo cien personas caritativas, masculinas o femeninas, que, a cambio de la recíproca, deslizarán el agradable billete en la mano amorosa e inteligente de su hermosa querida.

La correspondencia es un Proteo (1). Hay tintas sim-

(1) Este dios marino había recibido de Neptuno, su padre, el dón de profecía; pero se negaba muchas veces a hablar, y, para librarse de los que le importunaban con sus preguntas, cambiaba de forma a su antojo.—(*Nota del T.*)

páticas, y un joven soltero nos ha confiado que había escrito una carta en el margen blanco de un libro nuevo que, pedido al librero por el marido, llegó a las manos de su querida que estaba prevenida de antemano de aquella adorable astucia. La mujer enamorada que tema los celos de un marido, escribirá y leerá cartas amorosas y consagrará a estas misteriosas ocupaciones todo el tiempo en que el marido se vea obligado a dejarla en libertad.

Finalmente, los amantes tienen todos el arte de crearse una telegrafía particular, cuyas caprichosas señales son muy difíciles de comprender. En el baile, una flor puesta de cierto modo en la cabeza; en el teatro, un pañuelo colocado en la barandilla del palco; el rascarse la nariz, el color particular de un cinturón, un sombrero puesto o quitado; llevar un vestido más bien que otro, una romanza cantada en un concierto, notas particulares tocadas en el piano, la mirada fija en un punto convenido, todo, desde el organillo que pasa bajo vuestras ventanas y que se va si se abre una persiana, hasta el anuncio de la venta de un caballo, insertado en un periódico, y hasta *vosotros mismos*, todo será correspondencia.

En efecto, ¡cuántas veces no habrá rogado una mujer maliciosamente a su marido que le haga tal encargo o que vaya a tal almacén o a tal casa, habiendo advertido a su amante que vuestra presencia en tal o cual lugar equivale a un sí o a un no!

Aquí el profesor confiesa con vergüenza que no existe medio de impedir que dos amantes mantengan correspondencia. Pero el maquiavelismo marital se torna más fuerte con esta impotencia de lo que fué nunca por ningún otro medio coercitivo.

Una convención que debe ser sagrada entre los dos esposos, es aquella por la que se juran mutuamente respetar el secreto de sus respectivas cartas. Será marido hábil el que consagre este principio al casarse y el que sepa mantenerlo concienzudamente.

Dejando a la mujer libertad ilimitada para escribir y recibir cartas tenéis el medio de saber el momento en que empieza a cartearse con un amante.

Pero suponiendo que vuestra mujer desconfiase de vosotros y que cubriese de impenetrables sombras los recursos empleados para mantener correspondencia, ¿no es este el lugar oportuno para desplegar aquella potencia intelectual de que os hemos hablado en la Meditación de la Aduana? El hombre que no ve cuándo su mujer ha es-

crito a su amante o cuándo ha recibido una respuesta, es un marido incompleto.

El estudio profundo que tenéis que hacer de los movimientos, de las acciones, de los gestos y de las miradas de vuestra mujer, será tal vez penoso y fatigante, pero durará poco, pues sólo se trata de descubrir el cuándo vuestra mujer y su amante se cartean y la manera de hacerlo.

No podemos creer que un marido, aunque posea una mediana inteligencia, no sepa adivinar esa maniobra femenina, una vez que sospecha que tiene lugar.

Juzgad ahora, por esta sola aventura, todos los medios de policía y de represión que os ofrece la correspondencia.

Un joven abogado, a quien una pasión frenética reveló algunos de los principios sentados en esta importante parte de nuestra obra, se había casado con una joven de la que, sin gran calor, logró ser amado (lo cual consideró como una gran dicha); y, al cabo de un año de matrimonio, se aperció de que su querida Ana (se llamaba Ana) amaba al primer dependiente de un agente de cambio.

Adolfo era un joven de unos veinticinco años, guapo y aficionado a divertirse como pudiera hacerlo cualquier soltero. Era económico, limpio, tenía un corazón excelente, montaba bien a caballo, hablaba con mucha gracia, tenía hermosos y abundantes cabellos siempre rizados, y su manera de vestir no carecía de elegancia. En una palabra, hubiera podido constituir la dicha y aun el provecho de una duquesa. El abogado era feo, pequeño, rechoncho, cuadrado, canijo y marido. Ana, alta y hermosa, tenía grandes ojos rasgados, la tez blanca y delicadas facciones. Era todo amor, y la pasión animaba su mirada con expresión mágica. Pertenecía a una familia pobre, y el abogado Lebrún tenía doce mil francos de renta. Esto lo explica todo. Una tarde, Lebrún entra en su casa visiblemente abatido. Se va a su gabinete para trabajar, pero vuelve en seguida al lado de su mujer, tiritando. Tiene una gran fiebre y no tarda en meterse en la cama. Gime y compadece a sus clientes, sobre todo a una pobre viuda cuya fortuna debía salvar al día siguiente mediante una transacción. Tenía una cita con la parte contraria y no se encontraba en estado de asistir a ella. Después de haber dormitado un cuarto de hora, se despierta, y, con voz débil, ruega a su mujer que le escriba a uno de sus amigos rogándole que le reemplace en la conferencia que ha de tener lugar al día siguiente. Le dicta una larga carta, y sigue con la mirada el espacio que van tomando las fra-

ses en el papel. Cuando iba a empezar su mujer la primera carilla del segundo pliego, el abogado empieza a describir a su colega la alegría que tendría su cliente si la transacción se llevase a cabo, y la fatal carilla empezaba con estas palabras:

«Mi buen amigo: vaya usted, ¡oh sí! al instante a casa de la señora Vernón; allí seréis esperado con impaciencia. Vive en la calle del Sendero, número 7. Perdóneme usted que no le diga nada más; pero cuento con vuestra admirable conducta para que adivinéis lo que yo no puedo explicaros.

»Soy todo vuestro.»

—Dame la carta—dijo el abogado—para que yo vea si hay faltas antes de firmarla.

La infortunada, cuya prudencia quedó entorpecida por la naturaleza de esta carta, erizada con los términos más bárbaros de la lengua judicial, entrega la epístola. Tan pronto como Lebrún tuvo en su poder el engañoso escrito, empieza a quejarse, se retuerce y le pide no sé qué servicio a su mujer. Esta se ausenta dos minutos, durante los cuales el abogado salta de la cama, dobla un papel en forma de carta y oculta la misiva escrita por su mujer. Cuando Ana volvió, el hábil marido cerró el sobre que contenía el papel blanco, le rogó a su mujer que pusiese la dirección al sobre, y la pobre criatura entregó a su criado el cándido mensaje. Lebrún parece calmarse insensiblemente; se queda dormido o finge quedarse, y al día siguiente por la mañana afecta tener aún vagos dolores. Dos días después, corta la segunda hoja de la carta, cambia la *o* en *a* de las palabras *todo vuestro*; dobla misteriosamente el papel inocentemente falaz, lo mete en un sobre, sale de la cámara conyugal, llama a la criada, y le dice:

—La señora le ruega que lleve esto a casa de don Adolfo; corra usted...

Ve partir a la camarera, e inmediatamente después pretexto un negocio y se va a la calle del Sendero y a la casa cuyas señas se indicaban en la carta. Espera con paciencia a su rival en casa del amigo que se había prestado a hacerle este favor. El amante, ebrio de dicha, acude, pregunta por la señora de Vernón, le hacen pasar a la sala y se encuentra cara a cara con Lebrún, quien le muestra un rostro pálido, pero frío, y una mirada tranquila, pero implacable.